



Dios nunca se rindió conmigo

Me llamo Sera y soy de las hermosas islas Fiyi. Estoy en mi segundo año de la carrera de Educación, que curso en la Universidad Adventista Fulton. Mi camino hasta aquí ha sido de todo menos fácil.

Crecí en un hogar disfuncional y, desde muy joven, tuve que cuidar de mí misma. No tenía a nadie en quien apoyarme, ningún tipo de red de seguridad. La vida me parecía una batalla que tenía que librar sola. Durante la secundaria, tomar alcohol y fumar se convirtieron en mis dos vías de escape; eran el único consuelo que conocía.

Caí en la misma rutina semana tras semana: trabajar, cobrar y gastarme todo el dinero en cosas que no eran buenas para mí. Estaba atrapada en un ciclo que me parecía imposible de romper.

Mi primer aviso serio llegó cuando me atracaron estando borracha, pero ni siquiera eso me detuvo y volví a los mismos hábitos destructivos. Hasta que llegó el accidente. Esa noche lo cambió todo. Pude haber muerto. En el fondo, sabía que mi supervivencia no había sido una mera cuestión de suerte. El accidente de auto había sido una advertencia para salvarme.

Eso fue en el año 2018, cuando llegué a la Universidad Fulton para estudiar Administración de Empresas. Sin embargo, no podía con las “extrañas” creencias de los adventistas. Discutía con mis profesores y, finalmente, me fui. Pensé que regresar a mi antigua vida sería fácil, pero, tras el accidente, me hundí en la depresión. Me llené de culpa y de pensamientos suicidas y, sin embargo, incluso en esa oscuridad, aún podía oír una tenue voz, como un susurro, que me decía: “Vas a

estar bien”. En aquel entonces no lo sabía, pero ahora creo que era el Espíritu Santo.

Aunque no leía la Biblia ni iba a la iglesia, nunca dejé de orar. La oración era lo único que me quedaba. La única creencia que conservaba de mi infancia era que Dios me escucha. Mis tíos, ambos adventistas, siempre habían intentado mostrarme la luz de Dios. Cuando era más joven, nos invitaban al antiguo campus de la Universidad Fulton durante las vacaciones. Nunca nos obligaban, pero siempre nos animaban a leer la Palabra de Dios por nosotros mismos. Echando la vista atrás, me doy cuenta de que ellos fueron una parte importante de mi caminar cristiano. Ellos plantaron la semilla.

Al principio, me resistí. Mi corazón era duro. La gente solía llamarme “antiadventista”. Recuerdo que yo les decía: “¿En qué parte de la Biblia dice que el día de descanso es el sábado?” No podía aceptarlo. Pero, poco a poco, a través de los estudios bíblicos, las cosas empezaron a tener sentido para mí. Un día, un pastor me preguntó:

—¿Sabes algo de la segunda venida de Jesús?

Esa pregunta me sacudió. Fue el punto de inflexión. Empecé a verlo todo de otra manera.

Poder volver a la Universidad Fulton fue casi un milagro. No tenía ningún plan, ni dinero, ni idea de cómo iba a pagar la matrícula. Solo dije: “Señor, quiero volver a estudiar” y la víspera de mi regreso, mi hermana y su esposo se ofrecieron a pagar todos mis gastos universitarios. Luego me dijeron: “No hace falta que nos devuelvas el dinero; solo queremos ayudarte a empezar”. Dios abrió las puertas.

Cápsula informativa

- Fiya está formado por más de 300 islas, aunque solo un tercio están habitadas. La capital del país es Suva, que tiene una población de unos 200.000 habitantes.
- Las lenguas oficiales de Fiya son el inglés, el fiyiano y el hindi fiyiano.
- Los habitantes originales de Fiya la llamaban "Viti", pero el capitán James Cook oyó a los tonganos pronunciarla como "Fisi", que se convirtió en Fiya.
- Gran parte de los fiyanos son de origen indio, porque muchos indios fueron a trabajar a Fiya, sobre todo en los campos de caña de azúcar.

Con el tiempo, Dios proveyó para mis estudios, me dio oportunidades de liderazgo y trajo a mi vida personas que me guiaron hacia la verdad. ¿Y el mayor milagro de todos? El mayor milagro fue que me bauticé. Decidí seguir a Dios, no porque alguien me obligara, sino porque había encontrado la verdad por mí misma.

No ha sido fácil. En ciertos sentidos, una vida de fe es más dura que la vida que dejé

atrás, pero merece la pena. Antes pensaba que el mundo podía darme paz, pero ahora sé que solo Dios puede satisfacer las necesidades más profundas del corazón. Hoy leo la Biblia más que nunca, me tomo la oración en serio e intento contarles mi experiencia a otros estudiantes, sobre todo a los que nunca han oído hablar del amor de Jesús.

La Universidad Fulton es más que una escuela: es un lugar donde estudiantes como yo pueden encontrar la verdad, así como sanación y propósito. Aquí, no solo nos estamos preparando para una carrera, sino también para la eternidad. Si pudiera compartir un mensaje, sería este: nunca te rindas con Dios. Aunque te caigas o te desvíes del camino, levántate y sigue adelante en la dirección que Dios quiere que vayas. Él nunca se rindió conmigo y tampoco lo hará contigo.

Parte de la ofrenda del decimotercer sábado del cuarto trimestre de 2009 ayudó a construir el nuevo campus de la Universidad Adventista Fulton. Gracias por su generosidad en la ofrenda de este trimestre, que apoyará proyectos de salud infantil en las Islas Salomón y Vanuatu.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.